

que ese neomodernismo está muy distante ya del específicamente rubeniano, por más que de él parezca proceder en un proceso de depuración y refinamiento expresivo.

Las obras juveniles de Miró son las que mejor revelan esa ascendencia modernista, que es tanto como decir neorromántica. Hay temas, comparaciones, imágenes, descripciones que presentan un clara resonancia modernista: Ese

cielo... color de carne; de rosa de té muy pálida

que se describe en *Del vivir* (pág. 32), o el

vestido de nieblas y jazmines

de *La palma rota* (pág. 196), en la que se encuentran también descripciones como ésta:

Estallaban arpegios de risas y voces femeninas que prometían la delicia de cuerpos fragantes como jardines, de blancura de magnolias y luna (Pág. 174).

O la descripción casi romántica, decimonónica, de Luisa en esta misma novela. O el tono todo de un relato como *El beso del esposo*.

Hay además, en esas y otras obras mironianas, alusiones, confesiones del autor que revelan una veta romántica y modernista. Así en *La palma rota* se percibe la devoción de Miró por Wagner, Chopin, Heine. En *Las cerezas del cementerio* una cita de Maeterlinck cierra una escena erótica. En esta misma novela hay románticos recuerdos del *Obermann* de Sénancour y del *Manfredo* de Lord Byron.

Es—perdónese la paradoja—un neomodernismo anticuado, perceptible en expresiones como

las dos pinceladas de un oro antiguo de sus cejas (*Dentro del cercado*. Pág. 230).

o en la descripción de Beatriz en *Las cerezas del cementerio* en la que no faltan

